

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Santander: en la Administración, calle de la Compañía, núm. 3.—Fuera de la capital: en casa de los comisionados ó directamente á la Administración.—En Ultramar: D. Benito Gonzalez Tánago, Obra Pia, 11, Habana.

LA ABEJA MONTAÑESA.

PERIODICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Santander: 8 reales al mes.—Fuera de la capital: 9 reales idem.—En Ultramar, por seis meses 4 peses y 2 reales.

Anuncios y comunicados.
A precios convencionales.

SANTANDER 10 DE SETIEMBRE.

Bajo el título de LA TUTORÍA ESCOLAR acaba de fundarse en Valladolid una asociación para la buena administración de los gastos de los estudiantes y enseñanza privada para todas las asignaturas de las carreras generales y especiales que en dicha ciudad se estudian. Nuestro amigo el doctor don Domingo Alcalde Prieto es el director de esta asociación que tendrá un consejo formado por catedráticos y padres de familia igualmente interesados en el bienestar de los alumnos.

Ahora que se aproxima la apertura de los establecimientos científicos, nos creemos obligados á recomendar el noble intento que ha inspirado á D. Domingo Alcalde la idea de esta fundación; y mucho más cuando algunos jóvenes de esta provincia marchan á Valladolid á empezar ó seguir sus carreras literarias.

Graves son los escollos con que un padre tiene que luchar cuando trata de mandar á su hijo á una Universidad situada en distinto punto del de su residencia. Si los adelantos modernos han hecho huir aquellas dificultades materiales que antiguamente rodeaban los viajes de solemne aparato, no han tenido fuerza suficiente para llevar al corazón de un padre toda la tranquilidad que necesita al pensar que su hijo, separado de su tutela, puede malgastar el tiempo que debiera emplear en sus estudios y malgastar tal vez las economías de muchos años.

La Tutoría escolar, ejerciendo una provechosa vigilancia sobre los estudiantes, está llamada á llevar esta tranquilidad á los padres. Esta asociación no solo dirige sus cuidados á la enseñanza de los alumnos preparándolos para los exámenes y grados de todas las asignaturas, sino que tiende con especial esmero á producir todas las economías posibles en los gastos de los estudiantes, administrando con el mayor celo las cantidades que envien los padres.

Varias son las bases de esta asociación y todas van dirigidas por un noble pensamiento. El padre de familia que quiera aprovecharse de él, deberá depositar en las oficinas del Monte Pío Universal los fondos correspondientes á un mes que destine para la manutención de su hijo, para sus gastos de matrícula, grados, libros y objetos de escritorio, vestido y otros que indique, encargándose la asociación de administrarlos procurando la mayor economía en ellos, el exacto cumplimiento en los pagos y los beneficios á que pueda aspirar en obsequio de los alumnos.

La asociación puede también extender sus operaciones á otros objetos tan dignos como el de la redención del servicio militar y fondo de reserva para casos imprevistos, secundando los deseos de los padres iniciados en su previsión.

Los escolares inscritos en dicha asociación gozarán del beneficio de la asistencia médica, permaneciendo en su casa-posada, y en el caso desgraciado de gravedad en la enfermedad, la Tutoría extenderá sus cuidados á dar parte diario á los padres ó interesados, aunque sea por telégrama.

También dará parte bimestral á los mismos del resultado oficial de los estudios de los alumnos, así como de los gastos ocasionados, para lo cual abrirá una cuenta corriente á cada uno.

Con estas condiciones y estando al frente una persona tan autorizada como el doctor D. Domingo Alcalde Prieto, no dudamos que su noble idea llegará á producir excelentes resultados que redundarán en beneficio de los padres que confían el cuidado y enseñanza de sus hijos á La Tutoría escolar. La tutela que esta asociación ha de ejercer sobre los alumnos se hace por sí sola recomendable; pero los padres que quieran noticias más detalladas del pensamiento, pueden pedir las á su director, que por ahora tiene en la ciudad de Valladolid su domicilio en el número diez de la calle de la Rúa Oscura.

Así se manifiesta en la nota de los prospectos que se están ya repartiendo, y en ellos se espresan minuciosamente todas las bases de la asociación, tanto las relativas á la enseñanza como á la administración de los gastos.

Vemos con gusto que el colosal proyecto del Sr. Marcoartú de unir el nuevo y el viejo continente por medio de un cable eléctrico que parta de las costas de España, no cae como tantos otros en olvido. El autor dirigió una carta hace días á un diario de Madrid, y á propósito de esto dice *El Comercio* de Cádiz:

«Hoy nos hallamos quizás en vísperas de una crisis eminentemente grave para nosotros, porque en el mes de noviembre próximo debe verificarse la elección del nuevo presidente de los Estados-Unidos, y como dice el Sr. Marcoartú, acaso entonces se aproxime la terminación de la guerra titánica que divide á la raza anglo-sajona, y se inicie, para dar ocupación á los ejércitos y á las escuadras que allí se han improvisado de un modo admirable, una política invasora respecto á la América española y agresiva contra España, como contra todo Estado europeo que no respete la doctrina americana de Monroe.

Júzuese, pues, hasta qué punto es importante que nuestro país se ponga en íntimo contacto, por medio del cable submarino, con las provincias de Ultramar. Este proyecto parecía antes irrealizable, sobre todo después del mal éxito que tuvo el cable entre Inglaterra y los Estados-Unidos; pero los estudios que concienzudamente se han hecho después, desvanecen en mucha parte los temores que se abrigaban, siendo muy de notar que la línea que el señor Marcoartú trata de establecer entre Cádiz y la isla de Cuba se compone de trozos, cada uno de los cuales es más corto que el gran cable que une actualmente á Malta con Alejandría.

Hé aquí algunas líneas que copiamos con mucho gusto de la carta del señor Marcoartú:

«Pero afortunadamente, si años atrás estaba yo solo y aun me eran contrarias las opiniones de personas respetables, hoy tengo por compañeras á la ciencia y á la experiencia; por asociados á hombres eminentes y á cuantiosos capitales en Europa y en América; por protectores á corporaciones científicas y populares y á mis colegas en el periodismo; por amigos á los españoles de ambos mundos.

»Con tales auxiliares, la obra, aunque muy difícil, es posible; y si, contra lo que espero, no fuere la sociedad por mí formada la que desde las columnas de Hércules dijera á nuestros hermanos de América: Ya no hay Occéanos, me cabría la satisfacción de haber consagrado á tan humanitaria empresa los mejores años de mi vida, de no haber perdonado cuanto ha estado á mi alcance para realizarla y de haber obtenido ya distinciones que recompensan en demasía los pobres merecimientos de quien como yo solo puede presentar en buenos títulos á la consideración de su patria el haber tomado la iniciativa en la empresa más gloriosa de nuestros días y de nuestra raza, alentado continuamente por la imprenta de todos los países, que ha hecho una sola familia sin distinción de razas ni de nacionalidades de todos los que nos hemos albergado en sus umbrales.»

Hacemos votos ardientes por que el señor Marcoartú llegue á ver coronados sus esfuerzos con el gran resultado á que aspira. Sería este un suceso que daría en el mundo altísimo renombre á nuestra España, y no dudamos que el gobierno dispensará á semejante empresa su más decidida protección y que nada se omitirá para allanar dificultades y para reunir los recursos que puedan ser necesarios, pues la magnitud del proyecto es tal, que todos los sacrificios que se hiciesen estarían superabun-

— 241 —

ea su capa y se entró en una calle lateral de la izquierda, que le condujo pronto á las praderas desiertas del Hospital y ante la puerta de su jardín.

Puso la llave en la cerradura, abrió la puerta y atravesó el jardín, cuyos senderos estaban casi invisibles con la oscuridad.

Llegado que hubo al pabellón, encendió una lámpara y subió al primer piso, entrando en un aposento del que solo él tenía la llave y que le había servido de dormitorio cuando, en mejores tiempos, tenía la costumbre de pasar algunas noches en el pabellón.

Arrojó la capa y se sentó en una silla, cerca de la mesa.

Penosos y tristes pensamientos le conmovían sin duda alguna, porque en su semblante se sucedían convulsivamente espresiones diversas.

Había sacado de su jubón un pequeño frasco y lo volvía y revolvía ante sus ojos maquinalmente.

Poco á poco, sin embargo, la nube que oscurecía su espíritu pareció disiparse. Volvió á guardar el pomo en el bolsillo de su jubón y murmuró, después de algunos instantes de reflexión más tranquila:

—¿Pero por qué asustarse y temblar así? ¿No esperaba yo esta pesquisa? ¿No he tomado bien mis precauciones? ¿Qué tengo que temer? Julio está ya tan lejos que nadie puede atraparlo. ¿Si

— 244 —

donde se encontraba Simón Turchi.

—¡Oh! ¡Julio, mi maldito servidor! ¡Julio! ¡es Julio! exclamó Simón, presa de la desesperación más violenta y dejándose caer sin sentido sobre una silla.

El criado vacila ligeramente sobre sus piernas y parecía ebrio. Sus mejillas estaban purpúreas, sus ojos estraviados, y en sus labios vagaba una sonrisa que daba claro testimonio de que la presencia de su amo le sorprendía desagradablemente, pero que, al mismo tiempo, hacía suponer que la cólera de Simón le dejaba completamente tranquilo. Al entrar, tenía en la mano un pan de trigo; pero al mismo tiempo se apresuró á guardarlo en su jubón, como si quisiera ocultárselo á Turchi.

Después de haber fijado un instante una mirada amenazadora sobre su criado, Simón Turchi se levantó bruscamente y dijo con voz de trueno, apretando los puños:

—¡Ah! esto es demasiado! ¡Traidor infame! cobarde bribón, ¿de dónde vienes? ¡Es el mismo infierno, quien trae para desgracia de los dos! Habla, borracho maldito, habla y procura darme una razón de tu presencia aquí! ¡Pronto ó te derribo moribundo á mis pies! ¡Mi puñal tiene sed de tu sangre!

Julio sacó su cuchillo de la vaina y balbuceó con lengua embotada por la embriaguez:

—Esperad un poco, señor... El vino, el dulce

— 245 —

vino ha oscurecido mis ideas... ¿Queréis matarme? En verdad, no estaría mal que uno de los dos exhalase aquí el último suspiro; el verdugo tendría menos que hacer... Pero quien ha de ser el primero en ir allá arriba á dar cuenta, eso es lo que van á decidir mi cuchillo y vuestro puñal... Yo estoy dispuesto...

—¡Insolente! exclamó, rechinando los dientes, Simón Turchi; mi propia salvación y la tuya, cobarde estúpido, me obligan á una penosa circunspección; ¡pero no me desafiéis! Veamos; ¿por qué no estás en camino para Alemania?

—¡Ah! me preguntáis una cosa que yo mismo no sé muy bien. ¡Esperad! En el momento en que yo quería partir, fui al Cisne coronado y bebí algunos vasos de vino... Esta mañana me desperté delante de una mesa en el Dado de plata. Como llegué hasta allí, lo ignoro. Era ya muy tarde para pasar las puertas. Resolví esperar hasta mañana, y venía aquí á pasar la noche y á descansar un poco antes de ponerme en camino.

—¿Y has jugado á los dados? preguntó Turchi con voz ronca.

—Creo que sí, porque todavía me suenan en los oídos.

—¿Y el dinero? ¿las doscientas coronas?

—Tranquilizaos sobre ese punto, señor. Yo nada os pido, ¿no es así? Si he gastado ó perdido algunas monedas de oro, ¿qué os importa, puesto que mañana, al rayar el día, parto para Alemania?

